

Ricardo, Obispo de Bilbao

Alfonso Pérez de Laborda

Rector de la Universidad de Ávila.

Pues sí, resulta que ese «tal Blázquez» —además, «bajito, calvo, gordo y feo»— que iba a «no ser bienvenido» si era nombrado obispo de Bilbao, es Ricardo.

Somos amigos desde que, hace más de veinte años, aparecí por Salamanca para «estar cerca» de su Facultad de Teología. Allí nos hicimos amigos. Él, abulense; yo, bilbaíno. Yo, ordenado sacerdote de la diócesis de Ávila en 1977. Él, nombrado ahora obispo del Bilbao de mis amores.

De los amigos es mejor no hablar en público, sobre todo si eso puede significar (o entenderse como) que se les pasa la mano por el lomo. Simplemente, se les quiere.

¿Cómo me va a parecer mal que Ricardo sea el próximo obispo de Bilbao? Se podrían discutir, en teoría, los procedimientos utilizados para nombrar obispos en la Iglesia católica. Es verdad que no siempre se ha hecho como hoy. Mas, una vez aceptado el cómo se nombran, no entiendo que se diga quiero a éste o a aquél o al de más allá, para discutir el nombre del elegido.

El obispo preside y dirige una Iglesia particular. Su «cargo» es esencialmente eclesial, y fuera de lo que la propia Iglesia católica es, y dentro de la comprensión que ella tiene de sí misma, el obispo no existe como tal. Él es la

fuente apostólica de la que dimana la propia comunidad. Y ésta no es una comunidad política, ni una comunidad étnica, ni una comunidad lingüística, ni una comunidad geográfica, sino una comunidad de creyentes en Jesús, el Cristo.

Cierto que tanto la Iglesia como el obispo dentro de ella ocupan lugares políticos, étnicos, lingüísticos, geográficos —el que lo niegue es tonto o ciego—, pero ninguno de ellos está en el corazón íntimo de la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo cuya cabeza es Cristo; es el pueblo de Dios en marcha para extender en nuestro mundo el reinado del mismo Dios. Por eso, la Iglesia jamás será «iglesia-de» [este o el otro lugar], sino «iglesia-en» [este o el otro lugar]. ¿Sutilezas? Sí, pero decisivas. En ellas nos jugamos su especificidad propia.

Entiendo, pues, que haya católicos de la tierra que, si así les parece, hayan hecho una distinción absolutamente legítima: Ricardo no ha sido «bien venido», pero será «bien recibido».

Entiendo, incluso, que una parte de la comunidad de los creyentes que viven en Bilbao hubiera tenido sus preferencias, distintas a Ricardo. Pero, sin embargo, nadie en la Iglesia puede olvidar que el obispo es la cabeza de su Iglesia, es decir, que, en ella, ocupa el mismo lugar de Cristo.

Quien no sea creyente puede, en este momento gritar: ¡paparruchadas! Quizá hasta tenga razón. Pero un católico sabe lo que, en su ser creyente, está diciendo. Quien no acepta a su obispo, pone en duda al mismo Cristo.

No participa del íntimo misterio de la Iglesia. ¿Qué pasa si para alguien el obispo nombrado no es «bien venido»? Nada, excepto que no por ello dejará de ser «bien recibido», y «bien recibido» en lo más íntimo de su corazón eclesial, pues con él recibe al mismo Cristo. Si esto es doloroso, o para quien esto sea doloroso, sepa que son dolores de parto de esos por medio de los cuales surge una «nueva creación, una nueva humanidad».

¿Es que Cristo es «bajito, calvo, gordo y feo»? Quizá sí, quizá no; ni siquiera lo sé. Pero esto es parte de la carne traslúcida que es la «carne de Cristo» —parte del misterio eucarístico de la Iglesia—. Quién lo iba a pensar, pero resulta que Cristo en Bilbao va a ser, a partir de ahora y por un tiempo, «bajito, calvo, gordo y feo».

¿Paparruchadas? Seguramente, pero éste es uno de los quicios en los que se asienta el edificio entero de la Iglesia católica, del cuerpo de Cristo, del pueblo de Dios.

Los católicos no podemos dejarnos engañar acá, pues nos ju-

gamos lo que la propia Iglesia es. Necesariamente hemos de ser libres en este punto, quizá, en él, de una manera muy especial. La Iglesia católica en Vizcaya, como la de ningún otro lugar, no puede bailar a ningún son, como no sean los sonos que le son propios, los que ella escucha, los que ella elige para sí.

¿Que en otros tiempos fue distinto? Claro. Y, como todos sabemos, así nos fue. La libertad es costosa de adquirir, de guardar, de no prostituir. Pero la Iglesia es libre o no es.

Los católicos no podemos, sin más, dejarnos llevar de consideraciones sociológicas o políticas o de grupo. Somos miembros de una comunidad de creyentes, de una comunidad que es cuerpo, es decir, de una comunidad con miembros, con venas y músculos, con estructura, que es el cuerpo de Cristo. Somos miembros de un pueblo, de un pueblo plural, diversificado, tentado siempre por la idolatría, de un pueblo prepotente y/o de un pueblo sojuzgado, de un pueblo, quizá, encerrado en sus intereses, pero que es el pueblo de Dios, por tanto un pueblo que quiere algo como primero y fundante de su propio ser: el reinado de Cristo, reinado, por supuesto, que no es de este mundo, pero que hace surgir ya en él, como decía antes, una nueva humanidad.

¿Paparruchadas? Seguramente. Pero, sepa quien se empeña en que así sea, que por el hecho de empeñarse comienza a no saber ya qué es la Iglesia, si es que a ella pertenece, ¿o pertenecía? Y si no, le escucharemos, haremos penitencia en aquello que debamos, porque nos ha sido señalada con razón una mancha, un desga-

rrón, un pecado, pero no por ello dejaremos de comprender lo más íntimo del misterio de la Iglesia.

¿Iglesia traslúcida? ¿Iglesia pecadora? Por supuesto. Pero Iglesia. La Iglesia. No puede haber otra. No hay otra. ¿Iglesia que ha de ser siempre reformada? Claro. Pero la Iglesia. ¿Iglesia desgarrada y herida? Sí, cómo no, siendo quienes somos sus miembros. Pero, como oí una vez a un teólogo ya muerto, «una Iglesia que no tiene una herida en su costado, no es la Iglesia de Cristo».

¿Paparruchadas pues todo esto son «piadosidades»? Quizá, pero ¿no lo son también, aunque de otros signos muy distintos, demasiadas de las palabras y «razones» que hemos oído como reacción de «mal venida» por los rumores, luego confirmados, del nombramiento de Ricardo como obispo de Bilbao?

Hace años que me llama la atención una cosa. Por demasiado tiempo y para demasiados cristianos, lo que se nos dice desde fuera —y todo decir lo que fuere a la Iglesia desde «la política» es esencialmente un hablar desde fuera de ella— es palabra que se escucha como caída del cielo, que es escuchada con una masoquista «piadosidad», que deja sin entendederas críticas para ver qué se dice, quién lo dice y para qué lo dice. Que me perdonen mis «compañeros creyentes», pero eso sí que son paparrucherías. ¿No sabemos con quién nos jugamos la vida?

En este caso, además, ha habido un intento terrible de reducir la Iglesia de Dios en Vizcaya, de reducir una iglesia llena —¡todavía!— de diversidad, de riquezas y de vida, en una caricatura falsa y triste

de sí misma. Y caer en esto sería haber caído en una trampa mortal. Aventuro que Ricardo puede ayudarnos a no caer en ella.

¿Qué puede significar para la Iglesia en Vizcaya el nombramiento de este nuevo obispo? Un necesario chorro de aire nuevo. Necesario hoy en todas partes; por ello también, y quizá aún más, necesario en Bilbao.

¿No hemos «exportado» docenas de obispos a otros lugares, como con razón se nos ha recordado? ¿Qué nos impediría, por idénticas razones, «importar» a un abulense? Si hay algo que me deja fuera de toda racionalidad es el empeño en la falta de paralelismo en los razonamientos. Emperrarse en ello, ¿no es una irracionalidad palpable?, ¿no es una clara desviación y muestra flagrante de que pensamos que «nosotros»-somos-más-y-mejores-que-nadie —lo cual, obviamente, no es verdad—?

¿Es que acaso quiero tapar la boca a nadie? Dios me libre, pues la libertad es decisiva en la Iglesia. Sin ella, no hay Iglesia. Pero jamás podremos olvidarnos de que la libertad en la Iglesia no va en contra de lo que es la intimidad de su misterio más hondo.

Pero hace tiempo que me pregunto si somos conscientes de nuestra libertad en la Iglesia, si somos libres en ella. En una palabra, si sabemos quiénes somos. Porque, es claro, sin el misterio íntimo y carnal de la eclesialidad no hay Iglesia, pero, dentro de él, sin libertad, tampoco hay Iglesia.

¿Es difícil de encontrar el camino eclesial? Quizá, aunque sospecho que no. Es cuestión de conjugar libertad y eclesialidad, y ambas no son sino las dos caras de una misma moneda. **A**